



Hace cuarenta años:



La Línea Magnot, ideada como frente defensivo de Francia contra Alemania, comienza en la frontera con Suiza y termina en los límites belgas. De esta forma, las zonas llanas del norte de Francia quedarán desguarnecidas ante el ataque alemán, que volverá a tomar una vez más el mismo camino utilizado ya en 1870 y en 1914.

JUNIO DE 1940,

LA CAIDA DE FRANCIA

José María Solé Mariño

HACE ahora cuarenta años, en el mes de junio de 1940, el ejército alemán ocupa Francia. El sorprendente rápido derrumbamiento de la que hasta aquel momento estaba considerada como la mayor potencia militar del continente se une, ante el asombro general, a la entrega de un país que había sido durante los dos últimos siglos el verdadero guía de Europa, más que en un plano político o militar, en otro nivel mucho más difuso pero también más profundo. Francia era

la cultura, la civilización, el humanismo, la patria de la libertad, aquello que simbolizaba mejor que ningún otro país el espíritu que había hecho de Europa el centro del mundo. Hasta el verano de 1940 habían caído bajo la ocupación alemana Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca y Noruega. Ahora la extensión de la barbarie organizada se dirige hacia Occidente. Holanda, Bélgica y Francia, modelos de democracia, aparentemente seguros y eternos, van a sufrir la misma suerte.

LA INVASION DE HOLANDA Y BELGICA

La drôle de guerre —la guerra extraña—, que desde el día 1 de septiembre de 1939 había reinado en una Francia que había declarado la guerra al Reich sin recibir respuesta de ningún tipo, va a terminar en las primeras semanas de mayo del año siguiente. Hitler, que había reconocido y garantizado expresamente la inviolabilidad y la neutralidad de Holanda y Bélgica, no había dejado por ello de ordenar el estudio de los planes de la invasión futura de estos dos países. En mayo de 1940, después de la ocupación de Noruega, los Gobiernos de La Haya y Bruselas saben ya de forma cierta que ha llegado la hora para sus países.

Dotados de los mayores índices de nivel de vida de Europa, y profundamente respetuosos con los usos democráticos, los pueblos holandeses y belgas van a ser simplemente el prólogo a una aventura militar y política mucho más importante: la invasión de Francia. El 10 de mayo se lanzan sobre las llanuras holandesas los blindados alemanes, amparados por la aviación. Los mismos generales de la **Wermacht** se sorprenden ante la facilidad



Edouard Daladier, primero Presidente del Consejo y más tarde Ministro de la Guerra, en visita a las instalaciones de la Línea Maginot.

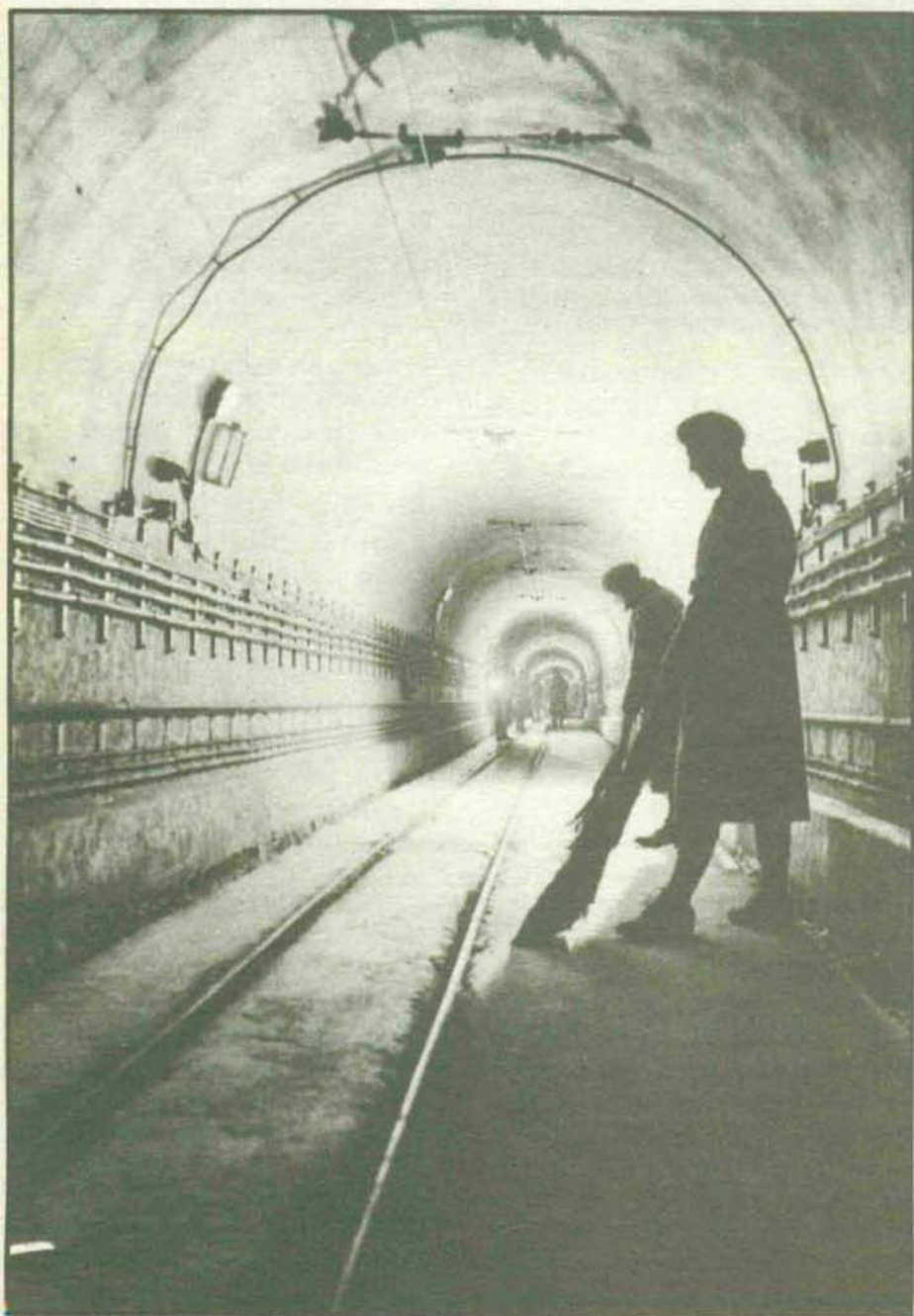
de su avance. El pequeño ejército holandés lógicamente no imagina siquiera en detener la irrupción alemana, pero de hecho logra retrasar algunos días los planes fundamentales del ataque, que pretendía en primer lugar la ocupación de la capital y la detención de la Reina y su Gobierno. Las fuerzas holandesas resisten el tiempo suficiente para que los más altos representantes de la nación embarquen en un navío británico y marchen a Londres, donde constituirán

en el exilio el testimonio de la legalidad constitucional. Los cuatro días de resistencia holandesa son suficientes para que Hitler y Goering, irritados ante este tropiezo en sus planes, ordenen una operación de castigo ejemplar. La ciudad de Rotterdam, el principal puerto del país, es bombardeada y destruida en su mayor parte. Más de novecientos muertos entre la población civil es el saldo humano de esta acción, que había de quedar como muestra del absurdo

salvajismo nazi sobre los pacíficos habitantes de un pequeño país neutral atacado por sorpresa. Al día siguiente —15 de mayo— el Ejército holandés firma la capitulación y todo el país es ocupado.

La invasión de Bélgica está ya estrechamente unida a la de Francia. La **Línea Maginot** no solamente no protegía las fronteras belgas, sino que tampoco separaba a este país de Francia, debido al gran error de los estrategas franceses que la habían concluido precisamente en el punto de unión de sus límites con los de Alemania. De esta forma, todo el pequeño país era un camino abierto hasta el interior de Francia. El día 14, los blindados mandados por Rommel irrumpen en las Ardenas y arrollan a la fuerza conjunta del ejército belga y a los cuerpos franceses e ingleses que habían acudido al frente. En París, Paul Reynaud, Presidente del Consejo, sustituye, aprovechando esta circunstancia, al general Gamelin, comandante en jefe, por Weygand, que ha sido llamado de Siria. Churchill conferencia repetidamente con las autoridades francesas, mientras los restos de los tres ejércitos se van agrupando en la bolsa de Dunkerque.

El rey Leopoldo de Bélgica, comandante en jefe de su ejército, se rinde el día 28 contra la voluntad de su Gobierno y de las potencias occidentales. Leopoldo había sido el principal defensor de la ambigua política antialiancista, pero había llamado a Francia e Inglaterra en la hora de peligro. Ahora, las dejaba con las espaldas descubiertas al concertar una paz por separado. Sus ministros intentan convencerle de tomar la misma decisión de la Reina de Holanda que, como semanas antes el monarca noruego, había mar-



Los enormes gastos ocasionados por la construcción de esta línea defensiva se revelarían inútiles al fallar desde el primer momento la finalidad con que fue construida.



Los «Stukas», aviones de caza, y las unidades blindadas mandadas por Guderian, serían las armas utilizadas en esta invasión del Occidente de Europa, y demostrarán aquí su terrible efectividad.

chado a Londres. Pero Leopoldo está ya completamente ganado por la causa derrotista y prefiere la rendición sin condiciones. Por todo esto, el Gobierno belga marcha a París denunciando la actitud del rey, que permanecerá en Bruselas durante la ocupación. En la ciudad de Doorn, en la Holanda invadida, el ex Kaiser Guillermo II recibe con gozo la presencia de sus compatriotas e incluso llega a enviar un telegrama de felicitación a Hitler por el éxito de la operación de ocupación del país que le había dado cobijo en 1918 cuando había caído la monarquía alemana, todo el país hervía en revolución y su vida peligraba. Sin volver a Alemania, Guillermo morirá un año después.

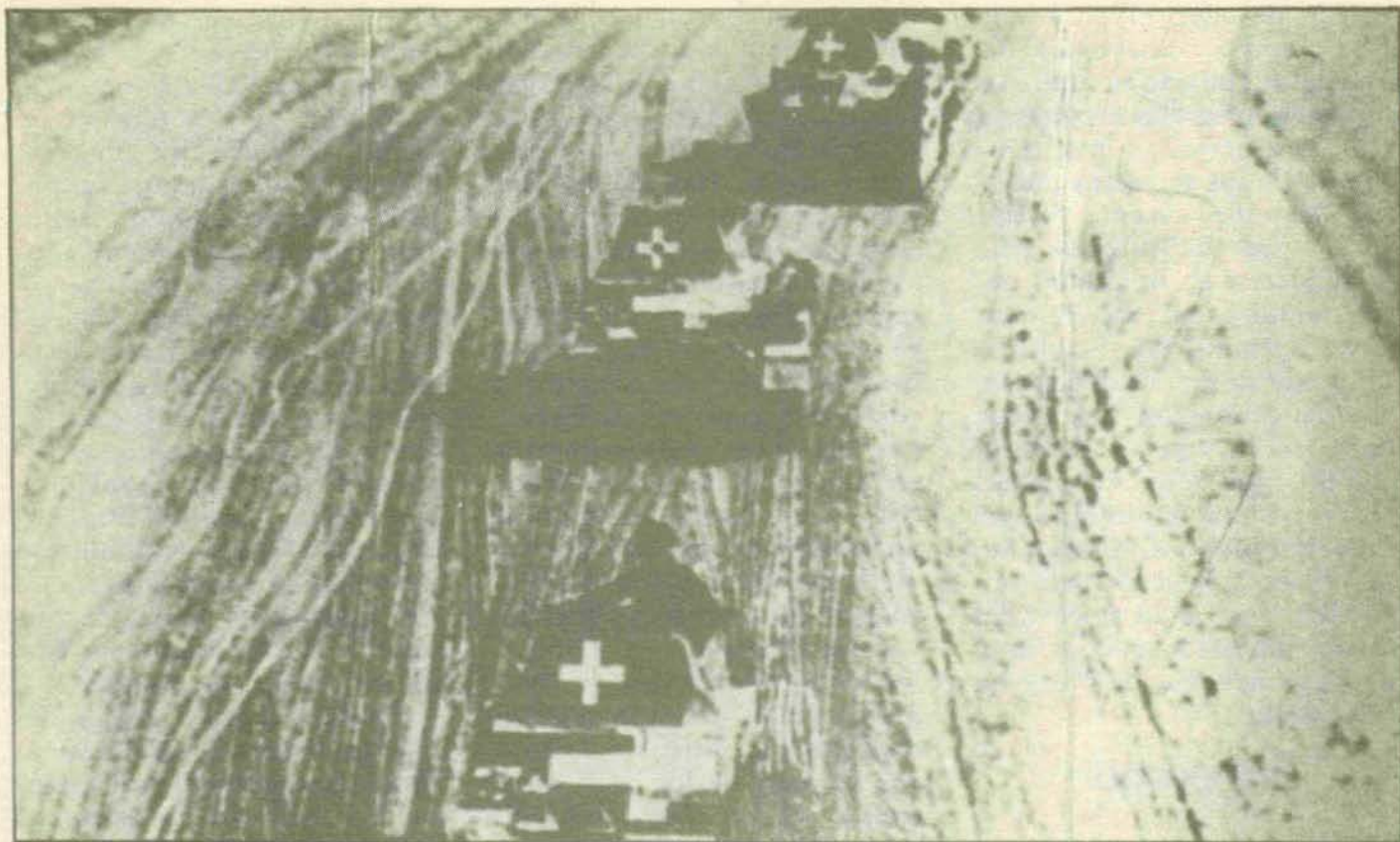
LA INVASION DE FRANCIA

Las fuerzas alemanas, superiores en el aire y en la tierra,

golpean dura e irremediablemente al ejército francés. En contra de la esperada ofensiva hacia París, la **Wermacht** se dirige hacia el norte en persecución de las fuerzas aliadas que huyen en desbandada hacia el mar. La detención del ejército alemán ante Dunkerque, según todos los indicios ordenada expresamente por Hitler que no quiere cerrar todas las puertas a un posible entendimiento con Gran Bretaña, permite la evacuación de cerca de trescientos cincuenta mil hombres de los tres ejércitos, realizada a través del canal bajo el fuego de la aviación. Al día siguiente, 4 de junio, Churchill lanza uno de sus primeros discursos, que inaugura su larga serie de alocuciones de guerra y que lleva ya la marca característica de su estilo cuando finaliza afirmando: «Lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos con mayor pujanza y seguridad en el aire; defende-

remos nuestra isla por grande que sea el precio que tengamos que pagar. Jamás nos rendiremos...».

En París, mientras tanto, las derrotas militares provocan crisis políticas continuadas. A la sustitución de Gamelin, muy bien recibida en todos los medios, pero que de hecho no hace más que provocar un enorme confusionismo que retrasa las acciones militares, Reynaud hace hábiles concesiones al oportunismo político y llama al anciano mariscal Petain, embajador entonces ante el Gobierno de Madrid, quien llega con su enorme prestigio para hacerse cargo de la vicepresidencia del Consejo. Otro adepto a la política de Reynaud, el general De Gaulle, es llamado también al Gobierno como subsecretario de Defensa. Partidario ya desde los primeros años treinta de una política militar activa, basada en la creación de un gran cuerpo de blindados que llevasen la iniciativa



en caso de conflicto, las teorías de De Gaulle no serían nunca tenidas en cuenta por el Alto Mando, y será ahora en medio del desastre más generalizado cuando se demuestre de la forma más dramática el fracaso de la política defensiva mantenida absurdamente hasta entonces. La destitución de quince generales más crea todavía mayores dificultades en el frente, que se derrumba ya de forma irreversible.

LA AGONIA DE PARIS

El día 12 de junio, el Gobierno abandona París, después de haber quemado los documentos que no pueden ser trasladados. Dirigiéndose hacia el sur, el Gobierno de la Tercera República repite las anteriores huidas históricas de febrero de 1871 y de septiembre de 1914, cuando la capital también parecía amenazada por el mismo enemigo. Como en estos casos también la huida terminará por conducir

al Gobierno a Burdeos, junto al estuario del Garona.

En la capital se va a representar el mismo dramático espectáculo que se sucede en las regiones del norte del país: el terror y el éxodo masivo de la población. Ante el temor de una inminente entrada de los alemanes, más de dos millones de parisienses abandonan la capital en la noche del 12 al 13. En las estaciones de Lyon y de Austerlitz, terminales de las líneas que conducen al seguro Mediodía, los trenes son asaltados, mientras arden los depósitos de gasolina de los arrabales. Las calles desiertas y los transportes públicos vacíos; los medios de automoción requisados o utilizados en la huida; la falta de prensa y de los servicios de electricidad; todo se viene a unir en el desolador panorama con la más cruda realidad del cierre de los comercios de comestibles, los restaurantes, las farmacias y los cafés. La clausura de organismos oficiales como la Bolsa y las oficinas de Correos, junto con las de las en-

tidades bancarias, contribuye a aumentar el pánico de la población, abandonada a su suerte por un Gobierno que muy pocos días antes trataba de reconfortarla por medio de comunicados optimistas, a pesar de que en los bombardeos de las fábricas Renault y Citroën, al oeste de la capital, habían muerto los primeros parisienses. Tampoco las rogativas celebradas en Notre Dame con la asistencia de las más altas autoridades y la exposición pública de reliquias de varios santos habían conseguido detener el avance alemán. Ahora, los habitantes de París, se encuentran en una ciudad muerta, con los muros cubiertos por los carteles que la declaran **ciudad abierta**. Los menores de catorce años ya han sido evacuados, tras haberse procedido al cierre de todas las escuelas.

En la madrugada del día 14 de junio se lleva a efecto la rendición de París, que se abre dócilmente a los primeros contingentes alemanes. El Alto

Mando de ocupación ordena la cesación de toda posible resistencia al mismo tiempo que garantiza el orden en toda la zona y asegura el mantenimiento de los servicios públicos. Durante cuarenta y ocho horas, los habitantes que permanecen en la ciudad deben recluirse en sus domicilios. El general Von Studnitz, comandante en jefe de las tropas de ocupación del **Gross París**, se instala en el Hotel Crillon, que será su cuartel general, al mismo tiempo que el gobernador militar alemán, Von Briesen, hace lo mismo en el Meurice. En la noche del mismo día 14 llega la Gestapo. El largo silencio de París ha comenzado.

EL EXODO

El formidable empuje de las fuerzas alemanas había con-

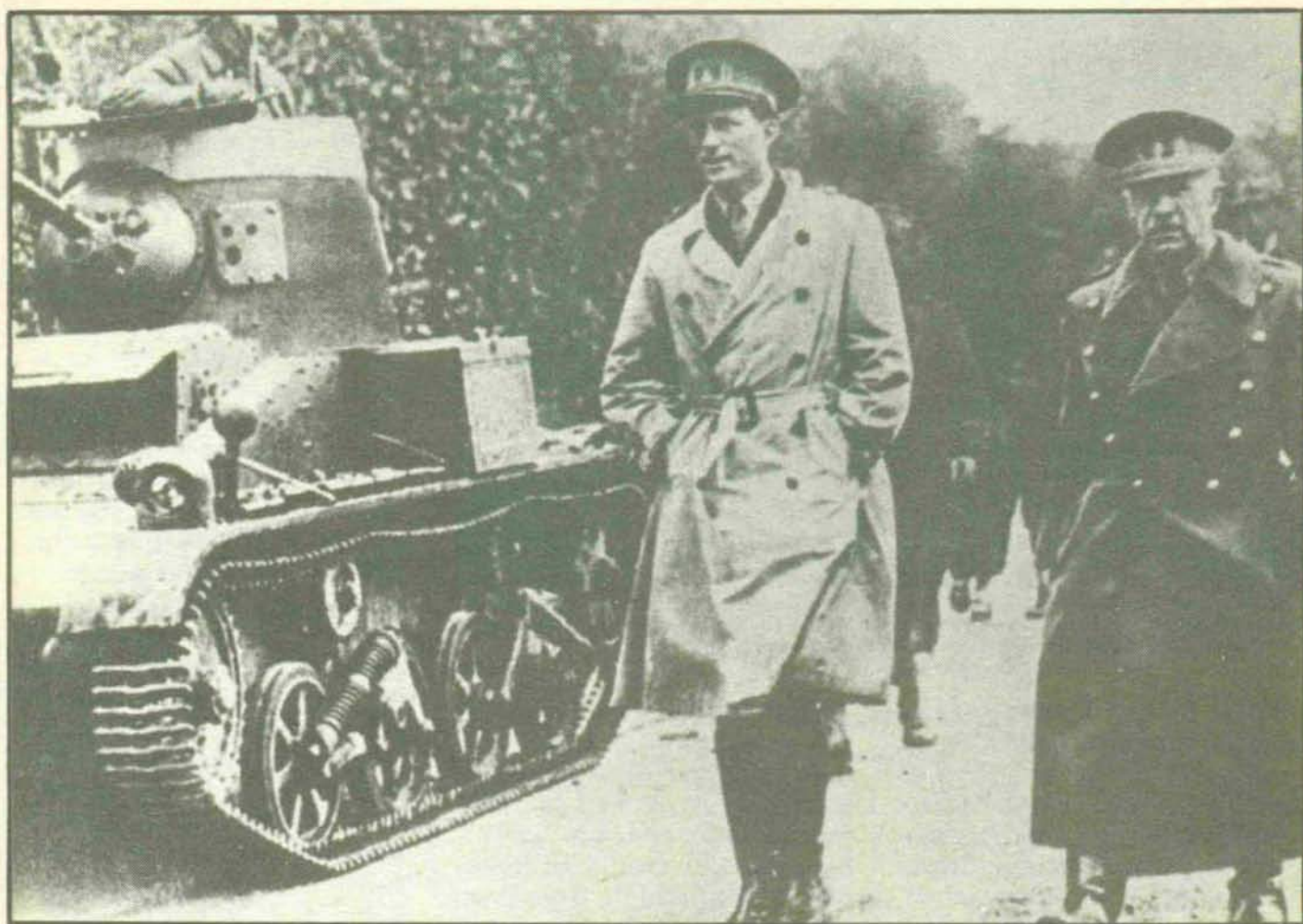
seguido en muy pocas jornadas —es muy significativa en este sentido la posibilidad de seguir día a día el curso de los acontecimientos— ocupar una fracción importante del territorio francés. Esto había empujado a centenares de miles de habitantes de los departamentos del norte a la huida. El recuerdo de las atrocidades cometidas por los ocupantes en las dos guerras anteriores, que todavía estaban presentes en la mayoría de muchos franceses de la zona, les lleva al abandono de sus lugares de vivienda y las lanza a la aventura de las carreteras que llevan hacia el sur.

Los refugiados belgas se unen a esta riada humana que va creciendo incontroladamente con el paso de los días. Este éxodo masivo ha originado múltiples explicaciones que varían, desde las meramente

prácticas hasta las que buscan en este movimiento de población motivaciones mucho más profundas y simbólicas. De hecho, es cierto que un traslado de población ante un posible avance alemán había sido ya programado con mucha anterioridad por los expertos del Gobierno, con vistas a una parcial reconstrucción de los servicios administrativos e industriales en las zonas del Mediodía que teóricamente quedarían a salvo de una hipotética invasión. Pero al mismo tiempo, también se da la huida espontánea, la de los habitantes aterrorizados ante la marea alemana, que ahora viene acompañada y empujada por el nazismo, del cual los franceses tienen ya un largo conocimiento a través de los millares de exiliados que desde 1933 habían atravesado la frontera, en busca de



El ataque a Holanda, Bélgica y Francia va a suponer, en mayo y junio de 1940, la destrucción de numerosas instalaciones industriales en esta área tan desarrollada del continente europeo.



La rendición del rey Leopoldo de Bélgica ante los alemanes, decidida sin consultar a sus aliados, iba a adelantar la caída de Francia. Y terminada la guerra, pondrá en peligro la misma supervivencia de la Monarquía belga.

una libertad que en su país ya no existía.

Para algunos tratadistas del tema, la superioridad cualitativa y numérica del ejército alemán que ocasiona la derrota no es más que el desencadenante próximo de una descomposición general que se había adueñado de todos los ámbitos de la sociedad francesa. Para los partidarios de una explicación social o histórica este éxodo masivo podría significar una vuelta del pueblo francés hacia sus orígenes, en un claro repudio de las estructuras industriales superpuestas al verdadero país. Esta comunión de los franceses con la tierra la describe Giraudoux cuando se refiere a la abdicación de cada francés en favor de otro, de cada provincia en favor de otra, y todo ello producién-

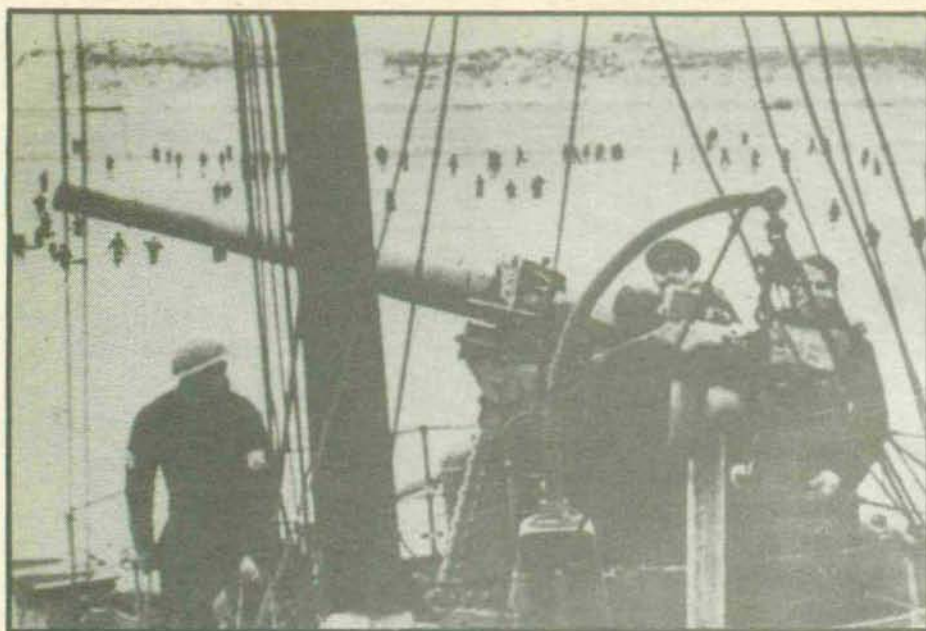
dose en medio de ese pueblo en marcha, menos por el miedo a la invasión que por el cumplimiento de un destino.

La realidad es que, miedo real y efectivo, órdenes administrativas, o esta bella idea de utópica búsqueda de un solar histórico, entre el 15 de mayo y el 20 de junio, entre seis y ocho millones de franceses se lanzaron a las carreteras, lo que vino a dificultar de forma decisiva las operaciones militares de un ejército ya derrotado. Las escenas de pillaje sobre las propiedades de los que habían partido con anterioridad superarán a las producidas a la llegada de los alemanes. El saldo final podrían ser los millares de niños extraviados definitivamente durante el éxodo provocado en aquellos días en los que se

ha dicho que un viento de locura sopló sobre Francia.

EL DRAMA DE BURDEOS

Durante los dos días en que el Gobierno francés permaneció desperdigado por los castillos de la Turena, las visitas de Churchill son cada vez más frecuentes y apremiantes. Desde su inicial postura de rotunda negativa al rompimiento mutuo del tratado de alianza acordado en el mes de abril, por el que ninguna de las dos partes podía firmar una paz por separado, la actitud de Churchill va ablandándose al darse cuenta de que, debido a las circunstancias de la derrota y la invasión, la firmeza de muchos de los partidarios de la continuación de la lucha va desapareciendo.



Dunkerque. Entre los días 26 de mayo y 4 de junio son evacuados de Dunkerque 200.000 soldados británicos y 130.000 franceses y belgas. Fue la última oportunidad que Hitler ofreció a Inglaterra para llegar a un acuerdo entre los dos países.

Ahora, lo que le interesa al primer ministro británico es prolongar el mayor tiempo posible la guerra en territorio francés a fin de ganar tiempo para la defensa de Inglaterra. Otra cuestión fundamental en esos momentos es la de la casi intacta y potente flota francesa, que en caso de caer en manos de los alemanes desnivelaría el equilibrio naval en el Mediterráneo, cuya supremacía ostenta Gran Bretaña.

Mientras, se hace pública la declaración de **ciudades abiertas** para todas aquellas aglomeraciones mayores de veinte mil habitantes, para evitarles la suerte de Rotterdam y a partir del momento en que Edouard Herriot, Presidente de la Cámara de los Diputados, consiguiese esta declaración para Lyon, ciudad de la que era alcalde.

Ya en Burdeos, el clima se vuelve agobiante alrededor de las personas que en esa hora habrán de decidir el destino de Francia. Aquí se van a enfrentar las dos posturas opuestas acerca de la situación. Por una parte, los partidarios de la continuación de la guerra, y por otra, los que

apoyan la petición de armisticio, que cada vez va ganando más adeptos. El general De Gaulle había lanzado la propuesta de un traslado del Gobierno a Quimper, en Bretaña, con la finalidad de organizar allí un reducto de resistencia mientras las autoridades del Estado se trasladaban a Ultramar. A pesar del apoyo de Reynaud a esta idea, los generales del Estado Mayor no la aceptan en modo alguno y es desechada.

Uno de los mejores testimonios sobre la atmósfera de la capital provisional en aquellos momentos los ofrecen las líneas de Emmanuel D'Astier cuando describe un Burdeos lleno de rumores, como una capital sudamericana, en la cual cada edificio público abrigase un proyecto o un complot, mientras en la calle las multitudes de refugiados se arrastran sin encontrar alimento ni alojamiento. El derrotismo encuentra así un fácil campo abonado para su extensión.

El general De Gaulle, en sus memorias de guerra, recuerda: «Para volver a coger las riendas hubiera sido preciso

escapar del torbellino, pasar a África y empezar nuevamente desde allí. El señor Paul Reynaud lo veía así. Pero ello implicaba la adopción de medidas extremas: cambiar el Alto Mando, despedir al mariscal y a la mitad de los ministros, romper con ciertas influencias, resignarse a la ocupación total de la metrópoli; en pocas palabras, ante una situación sin precedentes, salirse a toda costa del marco y procedimientos ordinarios». En su relato, De Gaulle sigue haciendo una enumeración de la desidia y el abandono con que la clase política y la militar aceptaban los hechos consumados sin intentar hacer algo en contra del desastre. Este anonadamiento del Estado constituiría para el general la base del drama nacional, ante un Parlamento que no se reúne, un Gobierno que se muestra incapaz de adoptar colectivamente una solución radical y un Presidente de la República que se abstiene de alzar la voz en defensa de los más altos intereses del país. El que pocas horas más tarde será portavoz de una nueva idea de Francia, termina observando desolado: «A la luz del rayo sobre la nación, el régimen aparecía, en su terrible invalidez, en total desproporción y en total desconexión con la defensa, el honor y la independencia de Francia».

En la jornada del 16 de junio, mientras los blindados de Rommel avanzan hasta cerca de trescientos kilómetros en territorio francés sin hallar ninguna resistencia ni disparar un solo tiro, en el puerto de Burdeos se efectúa una importante operación. Son embarcadas las reservas de oro de los Bancos Nacionales de Francia, Suiza, Bélgica, Polonia e Indochina, para ser trasladadas, vía Casablanca y Dakar, hasta los depósitos estatales de Canadá y Estados Unidos.

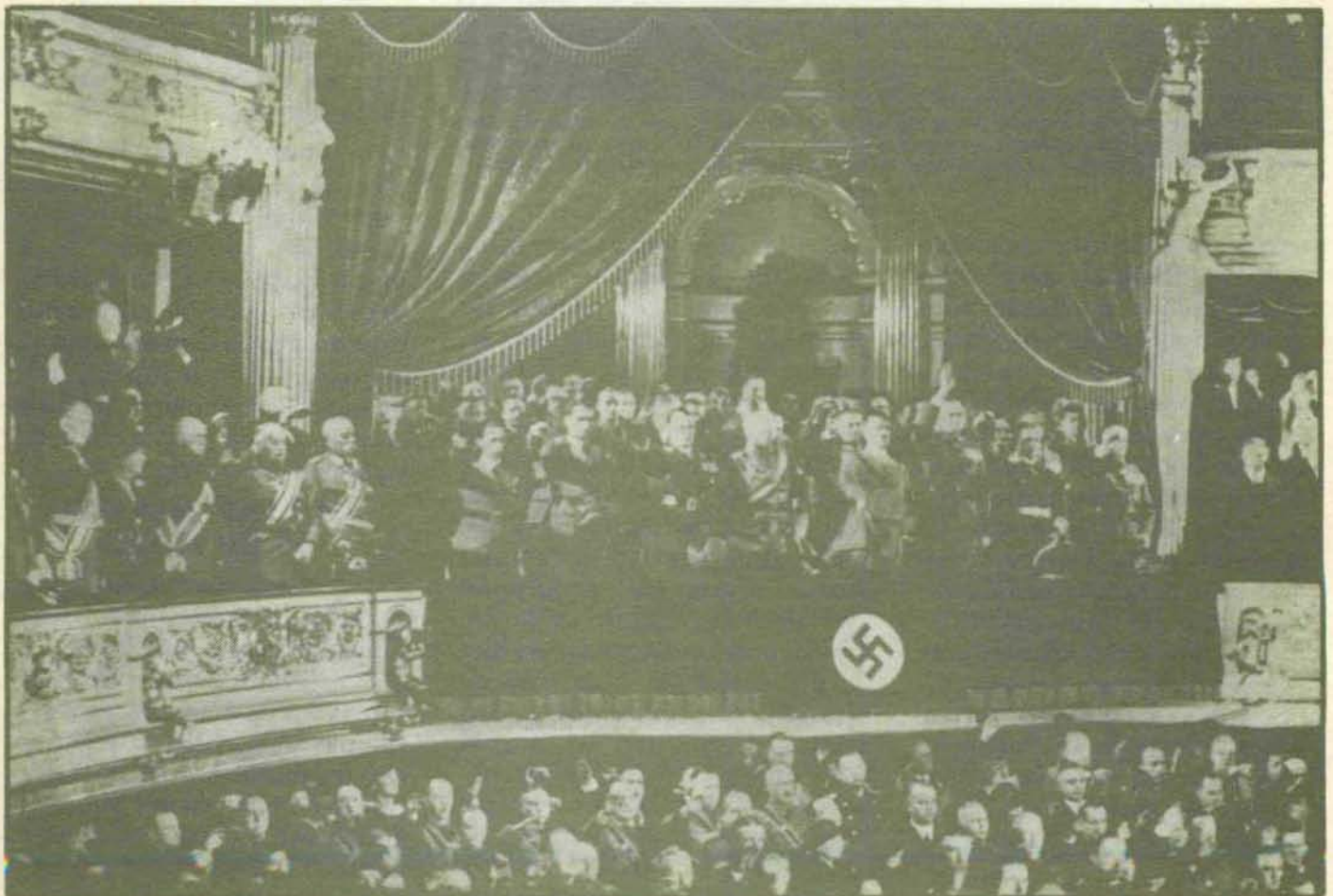
UNA VICTORIA DE LA REACCION

Las dos posiciones enfrentadas que encuadran a los miembros más comprometidos de la clase política se van radicalizando en esas últimas horas. Los que defienden la idea de la continuación de la lucha, como Reynaud y De Gaulle, pretenden mantener la fidelidad al acuerdo con Inglaterra y propugnan el abandono por el Gobierno del territorio metropolitano y su instalación en Argel, así como la prosecución de la guerra contando con los restos del Ejército, con la aviación y la marina, casi intactas. Esta solución implicaba la capitulación sin condiciones del mando militar, lo que no es en modo alguno aceptado por las autoridades castrenses, que no quieren echar sobre las espaldas del

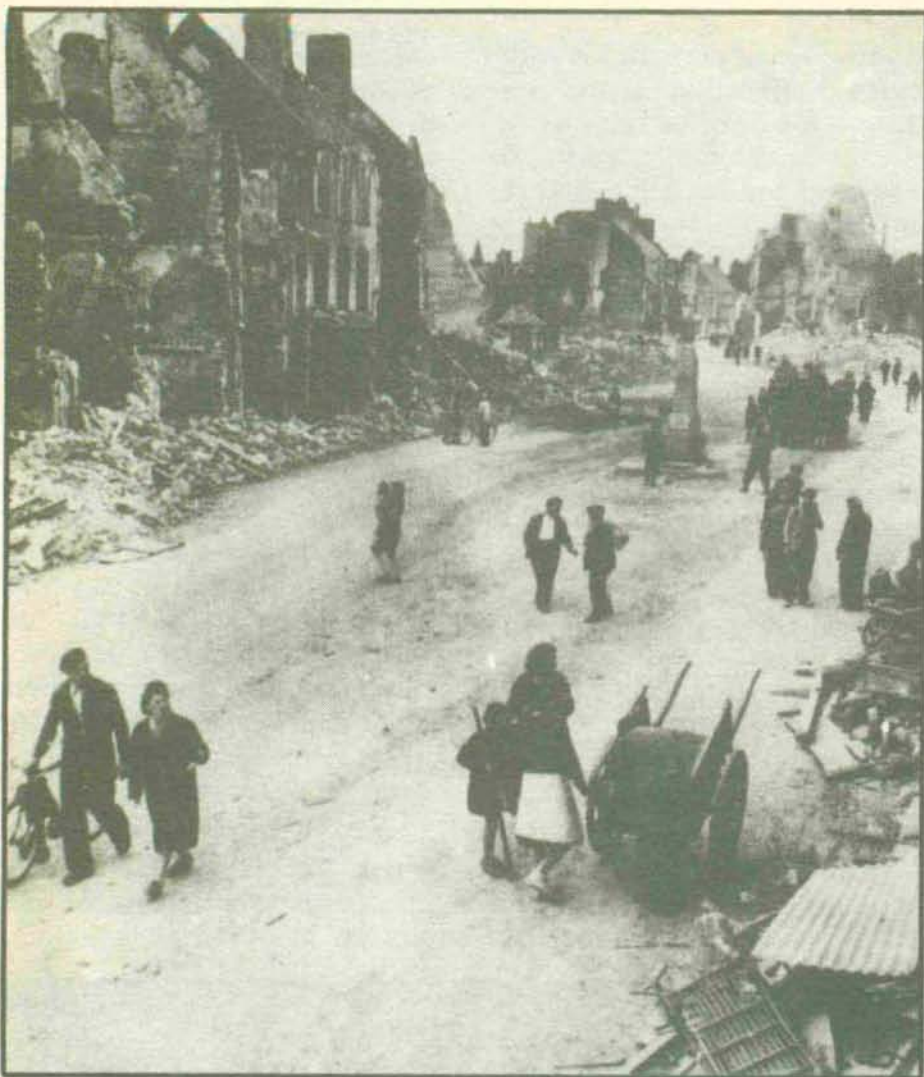
Ejército la mancha de la rendición. En la derrota los militares prefieren arrastrar consigo a los desprestigiados representantes de la voluntad nacional y de la legalidad republicana.

Los defensores de la petición del armisticio, encabezados por Petain y Weygand, acusan a Gran Bretaña de no poner en la defensa de Francia todos sus recursos disponibles —lo cual es cierto— y reciben con manifestaciones de indignada protesta el ofrecimiento de Churchill de una unión completa entre los dos países. La sorprendente propuesta del primer ministro británico, hecha al Gobierno francés a través del general De Gaulle, significaría la existencia de un parlamento común y ciudadanía igual para los franceses y británicos. Esta especie de solución, que sólo la urgencia del momento pudo haber he-

cho concebir a sus promotores, es recibida en los medios conservadores franceses como un intento inglés de convertir a Francia en un dominio colonial, aprovechándose de las circunstancias, y es, por tanto, desechada definitivamente. Petain, al mismo tiempo que señala que la marcha del Gobierno a Argel no sería una solución válida, ya que existía la posibilidad de un ataque alemán contra aquella zona, declara firmemente su voluntad de permanecer en Francia. Para él, la patria no se lleva en las suelas de los zapatos. Francia está ante todo en Francia. Un armisticio, preludio de un tratado de paz, permitiría a Francia salir de la guerra con los recursos de su Imperio y su marina intactos. Estas posturas, decididas de forma visible por los acontecimientos sobrevenidos, no son en realidad más que la



Las más altas jerarquías nazis durante un acto celebrado en la Opera Kröll, de Berlín. Son los momentos en que se desarrolla la arriesgada empresa del ataque a Occidente.



Los bombardeos alemanes causan la destrucción en el norte de Francia. Los habitantes de las localidades arrasadas se lanzarán a las carreteras y caminos en un éxodo interminable que no hará sino dificultar las operaciones militares del Ejército francés, ya en retirada.

manifestación externa de actitudes ideológicas muy anteriores. Frente al conservadurismo, en sus diversos grados que llegan hasta las veleidades fascizantes de algunos, de los partidarios de Petain, los miembros de los sectores teóricamente más democráticos apoyan la posición de Reynaud y De Gaulle. Pero cuando en la tarde del día 16 el Presidente del Consejo dimite de su cargo, y el Presidente de la República, pese a sus no disimuladas reticencias, se ve obligado a confiar a Petain la formación de un nuevo Gobierno, no se hace más que cumplir los deseos de infinito número de franceses que esperaban que el viejo militar las salvase una vez más del desas-

tre total. Por medio del embajador de España —Lequerica—, el mariscal pide a los alemanes el inicio de conversaciones de cara al armisticio. En una emisión radiodifundida al pueblo francés en la mañana del día siguiente—17 de junio de 1940— el mariscal anuncia la petición del armisticio con estas patéticas palabras: «¡Franceses! A petición del señor Presidente de la República asumo a partir de hoy la dirección del Gobierno de Francia. Contando con la adhesión de nuestro admirable Ejército, que lucha con un heroísmo digno de sus largas tradiciones militares contra un enemigo superior en número y en armas, seguro de que por su magnífica resisten-

cia ha cumplido nuestros deberes para con nuestros aliados, seguro del apoyo de nuestros antiguos combatientes a los que tuve el honor de mandar, seguro de la confianza del pueblo entero, hago ofrenda a Francia de mi persona para atenuar su desdicha.

En estas horas dolorosas, pienso en los desdichados refugiados que, en una miseria extrema, llenan nuestros caminos. Yo les expreso mi compasión y mi ayuda. Con el corazón oprimido, yo os digo que es preciso cesar el combate.

Me he dirigido esta noche al adversario para preguntarle si está dispuesto a buscar con nosotros, entre soldados, tras la lucha y en el honor, los medios de poner fin a las hostilidades.

Que todos los franceses se agrupen alrededor del Gobierno que yo presido durante estas duras pruebas y hagan callar sus dudas para escuchar sólo a su fe en el destino de la Patria».

Una general sensación de final de una pesadilla se extiende por todo el país. Aun los más decididos adversarios de la ideología que el mariscal representa acogen con sentimiento de alivio el anuncio del armisticio. Es la nueva hora gloriosa del anciano soldado, convertido de nuevo en el salvador de su patria.

LA LLAMADA DEL 18 DE JUNIO

En esos momentos, De Gaulle marcha a Inglaterra, desde donde lanzará, por medio de los micrófonos de la BBC, puestos a su disposición por el mismo Churchill, la legendaria llamada del 18 de junio, punto de partida del inicio del **gaullismo**, como idea tendente a la obtención de la liberación de Francia primero, y más tarde como verdadera

ideología política. El general se considera depositario de la soberanía y el honor franceses, abandonados ahora por un Parlamento y un Gobierno entreguistas. De Gaulle va a hablar a partir de ese momento en nombre de Francia, y el Gobierno británico le reconocerá inmediatamente como dirigente del **Comité Provisional de Resistencia**, que para Churchill sustituye en la legalidad al Gobierno Petain.

Más que un desastre militar en puridad, la catástrofe supone algo mucho más hondo, que llega a afectar a todos los ámbitos de la realidad francesa. El armisticio es, para De Gaulle, un crimen contra la patria. Tras la muerte de cien mil soldados franceses en menos de cinco semanas, para el general, Francia y los franceses son entregados al enemigo atados de pies y manos, mientras oficiales y soldados son mantenidos en cautividad. Con la patria y el Gobierno reducidos a la servidumbre, no hay armisticio posible sin honor. Por todo ello, en su llamada ataca a los altos mandos franceses que han solicitado las conversaciones con el Reich, pero al mismo tiempo hace una llamada a la esperanza, tan lejana en esas horas sombrías, y apela a todos los franceses que no hayan admitido la derrota ni el vergonzoso armisticio a unirse con él para la consecución de la lucha en contra del ocupante. «Francia —afirma— ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra».

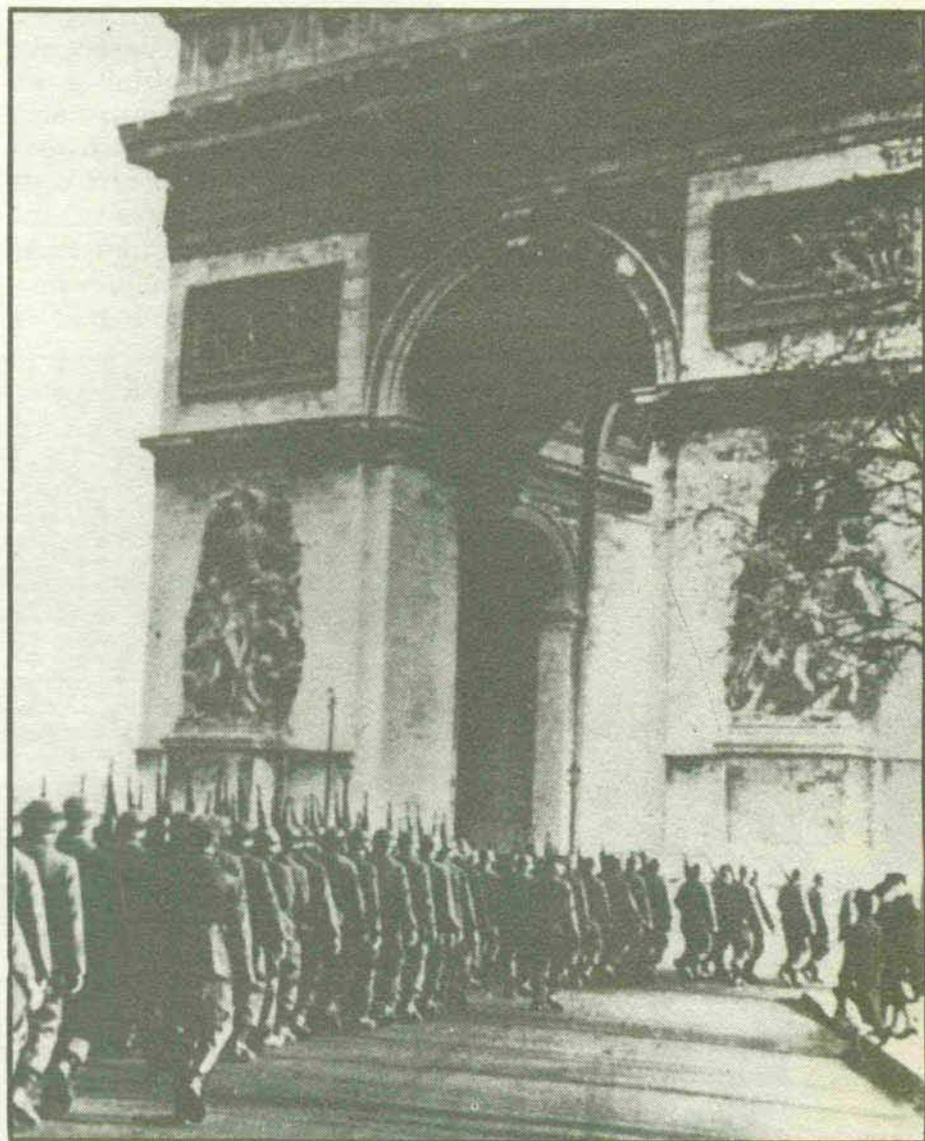
A pesar de la actitud del Gobierno de Petain, los alemanes siguen avanzando y el día 20 llegan incluso a bombardear la ciudad de Burdeos, como advirtiendo a los franceses de la conveniencia de aceptar todos los puntos del texto del armisticio que ya está preparando el invasor. Es el mo-

mento de la preponderancia física del más fuerte. Y la realidad es que a la llamada del general De Gaulle no responde ninguna figura política destacada, ningún partido político, ni siquiera aquellos que representados en las Cámaras ven que se acerca el fin de la era democrática. Se ha llegado a afirmar que si en la Francia del verano de 1940 se hubiera organizado plebiscito verdaderamente libre y limpio, el mariscal Petain hubiera obtenido una aplastante mayoría contra una clara derrota de los partidarios del anterior sistema, que todavía se mantiene vigente por el momento. Casi nadie pone en duda la buena fe y el patrio-

tismo de Petain, mientras que muchos franceses no pueden olvidar el desprestigio en que la política —y con ella irremediabilmente la democracia— había caído a lo largo de los últimos veinte años.

EL ARMISTICIO

Mussolini había prometido a Hitler que entraría en la guerra contra Francia en la primera semana de junio, pero hasta varios días más tarde no se atreve a lanzarse sobre ella hasta que decide que el vecino país está suficientemente golpeado por el Ejército alemán. El **duce**, que había visto denegadas por el dictador alemán todas sus peticiones sobre amplios territorios franceses



El 14 de junio, París, abandonado por el Gobierno y por muchos de sus habitantes, observa silenciosamente la entrada de los primeros contingentes alemanes. En la fotografía, fuerzas de la Wehrmacht ante el Arco de Triunfo.

como el valle del Ródano y la costa mediterránea, Córcega, Túnez y Djibuti, no se atreve a retrasarse más en su compromiso, y el día 11 precipita a sus tropas hacia la frontera. Treinta y seis divisiones italianas serán detenidas y hechas retroceder por seis divisiones francesas. El conde Ciano escribe esos días en su diario: «Mussolini está muy humillado porque nuestras tropas no han dado un paso adelante. Hoy mismo no han conseguido avanzar y se han detenido ante la primera fortificación francesa que opone alguna resistencia».

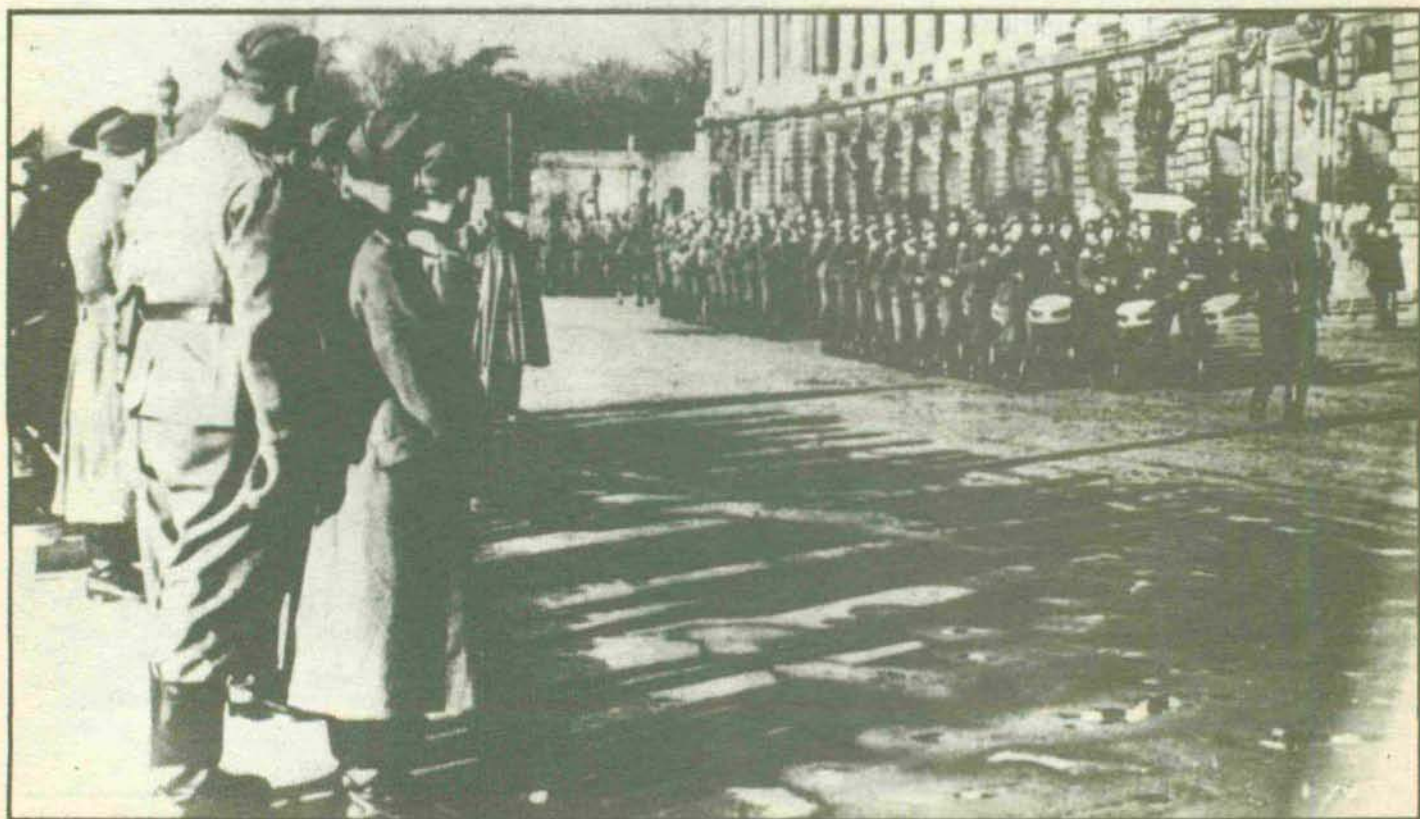
La cuestión de la flota francesa era ahora el mayor motivo de preocupación para Inglaterra. Incluso el embajador de los neutrales Estados Unidos había amenazado al Gobierno de Burdeos con cortar las relaciones si éste entregaba la flota a Alemania. Pero la cuestión era muy vidriosa, ya que el almirante Darlan, comandante en jefe de la Armada, estaba siendo ganado

por las presiones de los altos cargos militares antirrepublicanos, encabezados por Weygand, con la finalidad de que apoyase la postura de los partidarios del armisticio.

En Burdeos, mientras tanto, crecen los nervios por el silencio alemán. Pierre Laval, cabeza de los antidemócratas, necesita el respaldo del invasor para proceder al desmontaje del sistema parlamentario. Las intrigas se suceden y las decisiones son tomadas y abandonadas al instante, mientras se deciden empresas absurdas como la de los parlamentarios que a bordo del buque **Massilia** marchan hacia Marruecos, con personalidades como Daladier, Mendes France y Mandel a bordo, para ser detenidos como desertores a su llegada a Casablanca. La desconfianza de Petain hacia Laval, a quien se ha visto obligado a nombrar ministro de Estado, se une ahora en el seno de la minoría gobernante con las intrigas de los medios más reaccionarios para lograr la

inacción y posterior desaparición de las instituciones republicanas. Como señala muy acertadamente Jean Zay, la República había temido frecuentemente la dictadura de los generales victoriosos, pero nunca soñó en la dictadura de los militares derrotados.

El día 21 de junio llega Hitler a Compiègne, donde veintidós años antes los representantes del derrotado Imperio alemán habían firmado su rendición ante los aliados. Acompañado por las más altas jerarquías nazis, civiles y militares va a presenciar la imposición a la comisión francesa de las condiciones del armisticio, que es un verdadero **diktat**. La representación francesa está compuesta por miembros del cuerpo diplomático y por los más altos jefes militares de cada una de las tres armas. William Shirer, el periodista norteamericano que ha escrito una de las mejores obras sobre el Tercer Reich, estaba presente en la ceremonia, y en su relato acerca de la caída de



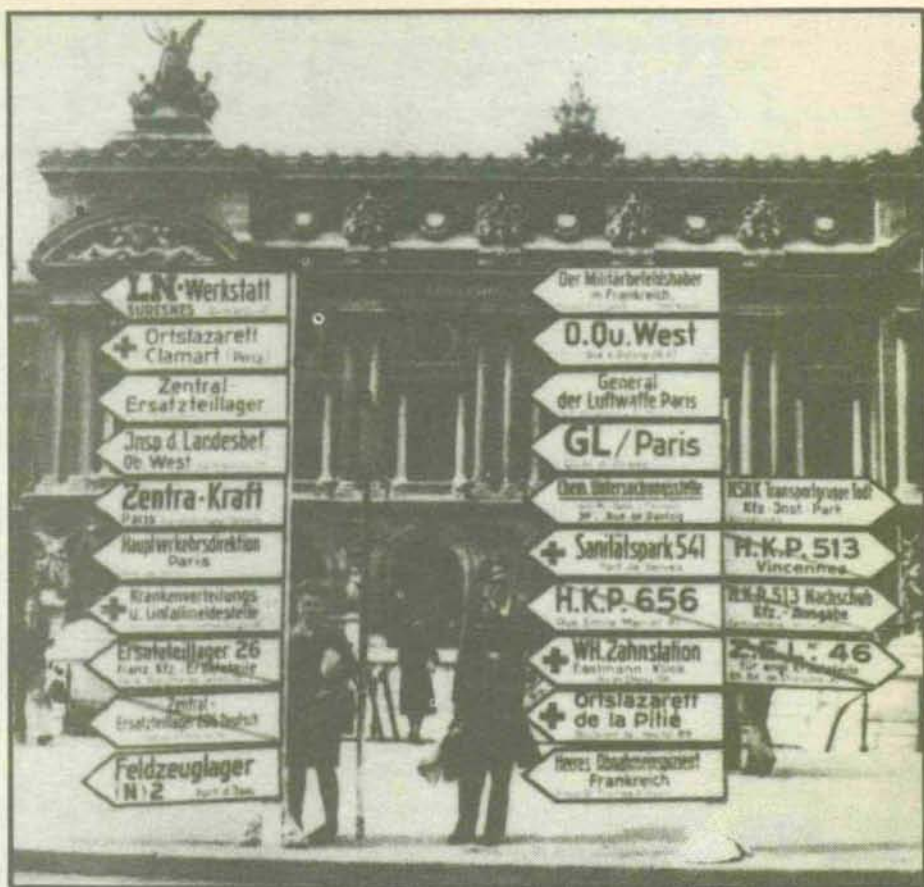
Los alemanes en París: trágico simbolismo de la ocupación de la ciudad. La Plaza de la Concordia sirve de lugar de revista para las tropas invasoras.

Francia ha dejado constancia de la tremenda tensión que reinaba en Compiègne aquel día.

LA ACEPTACION DE LA DERROTA

Las condiciones para la firma del armisticio eran duras, pero tras varias consultas telefónicas con Burdeos, los compromisarios llegan a la firma. El texto impuesto por los vencedores constaba de un articulado de veinticuatro puntos y era considerado válido hasta la futura conclusión de un tratado de paz, que de hecho nunca se llevaría a efecto. El potencial militar francés quedaba neutralizado por medio del desarme del ejército y la entrega del armamento, las fortalezas y los aeródromos. La mitad norte de Francia, prolongada sobre la costa atlántica hasta la frontera española, quedaba bajo el mando directo alemán como zona de ocupación. Era la parte más rica, más poblada y donde se situaba el grueso de la industria nacional. La mitad sur, de predominio agrícola, quedaba teóricamente libre. La soberanía del régimen que surgiría del armisticio abarcaría, sin embargo, y siempre en el plano teórico, a todo el conjunto del país, y la administración estatal, así como la justicia y la policía se mantendrían uniformes en las dos zonas.

En el plano económico, además de una profunda intervención alemana y una enorme cantidad a pagar al Reich en concepto de indemnización, el Estado francés cargaría con todos los gastos ocasionados por la ocupación, que venía a significar varios millones de francos por día. Pero la cláusula más deshonrosa era aquella por la que Francia aceptaba entregar a los alemanes a todos aquellos exiliados políti-



La rápida organización del París ocupado se demuestra en esta imagen. Carteles indicadores redactados en alemán ante el edificio de la Opera. Le esperan a París cuatro años de silencio y opresión.

cos que, provenientes de Alemania, habían buscado cobijo en el país, dada su condición de opositores al régimen nazi o de meros miembros de la raza judía.

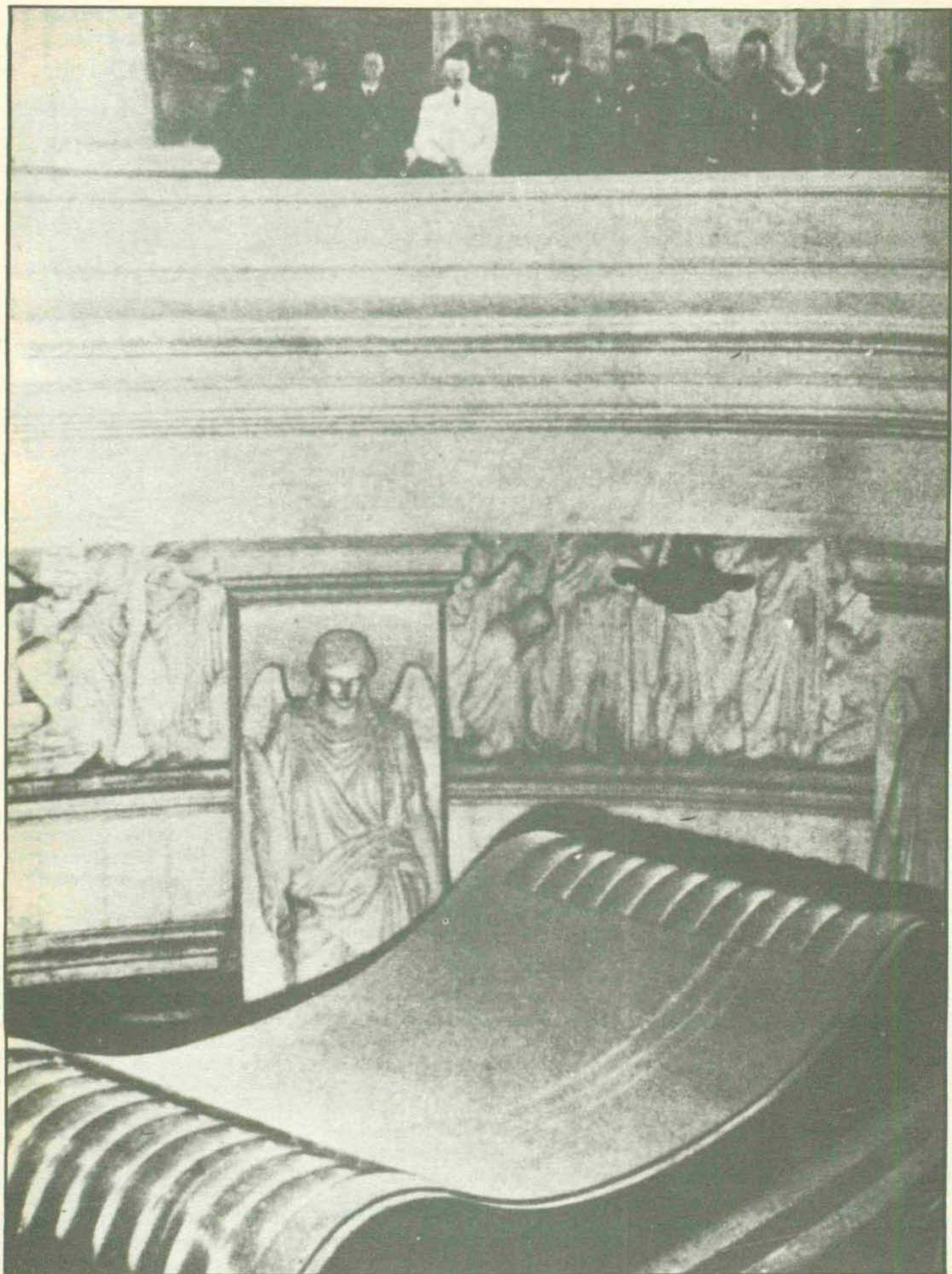
La hábil política de Hitler le permitía la dominación total de Francia, pero al mismo tiempo, para no enajenarse la voluntad de un país tan extenso y poblado, permitía al nuevo régimen la conservación de los atributos que la Ciencia Política exige para la existencia de un Estado: autoridad sobre un territorio y una población; poderes de justicia y policía; el derecho de legislar y de administrar; un ejército propio, si bien limitado a cien mil hombres; las relaciones directas con el extranjero; y, en este caso concreto, la posesión de la totalidad del Imperio y la fundamental flota de guerra. Como garantía del cumplimiento de estas condiciones, más de un millón y

medio de soldados franceses permanecerían prisioneros en los campos alemanes hasta la finalización de la guerra. Después de la firma, los compromisarios franceses se dirigen a Roma, para firmar otro armisticio con Italia, que entra a ocupar los departamentos limítrofes de la zona mediterránea.

Desde Londres, el general De Gaulle condena sin paliativos la firma del armisticio, mientras que el mariscal Petain repite una y otra vez que, a pesar de la dureza de las condiciones, el honor de Francia ha quedado a salvo.

INTRIGAS Y DESASTRES

El día 29 de junio, el Gobierno sale de Burdeos hacia Clermont Ferrand. Allí, la camarilla de Laval decide trasladar la residencia del Gobierno a la ciudad balnearia de Vichy, en lugar de instalarse en el París



Quando el 23 de junio Hitler visita la capital francesa conquistada, acude ante la tumba de Napoleón Bonaparte en Los Inválidos. Como homenaje al Emperador ordenará el traslado desde Viena de los restos de su hijo, el Aguilucho, para ser depositados junto a los de su padre.

ocupado, donde se había situado falsamente un asalto comunista al poder, apoyado por las fuerzas alemanas. En Vichy, Laval obtiene el permiso del todavía Presidente de la República para iniciar los pasos hacia una reforma de la Constitución. A su alrededor se agrupan los políticos reaccionarios a los que la subida al poder del Frente Popular había aterrorizado, y que ahora estaban dispuestos a vengarse de ello. Ven ahora la ocasión de poner en práctica las ideas de las ligas fascistas, nacidas en los años veinte, que habían tenido su violenta demostración pública durante los sucesos antidemocráticos de febrero de 1934. Es el momento apropiado para que las tesis de Maurras, el patriarca del fascismo francés, puedan utilizarse como base para el nuevo Estado que va a nacer.

Para conservar la imagen de legalidad, solamente es necesario que las Cámaras acepten y voten su propia muerte, lo que Laval no duda de haberá de producir dentro del favorable ambiente que se respira en el Vichy de aquellos primeros días.

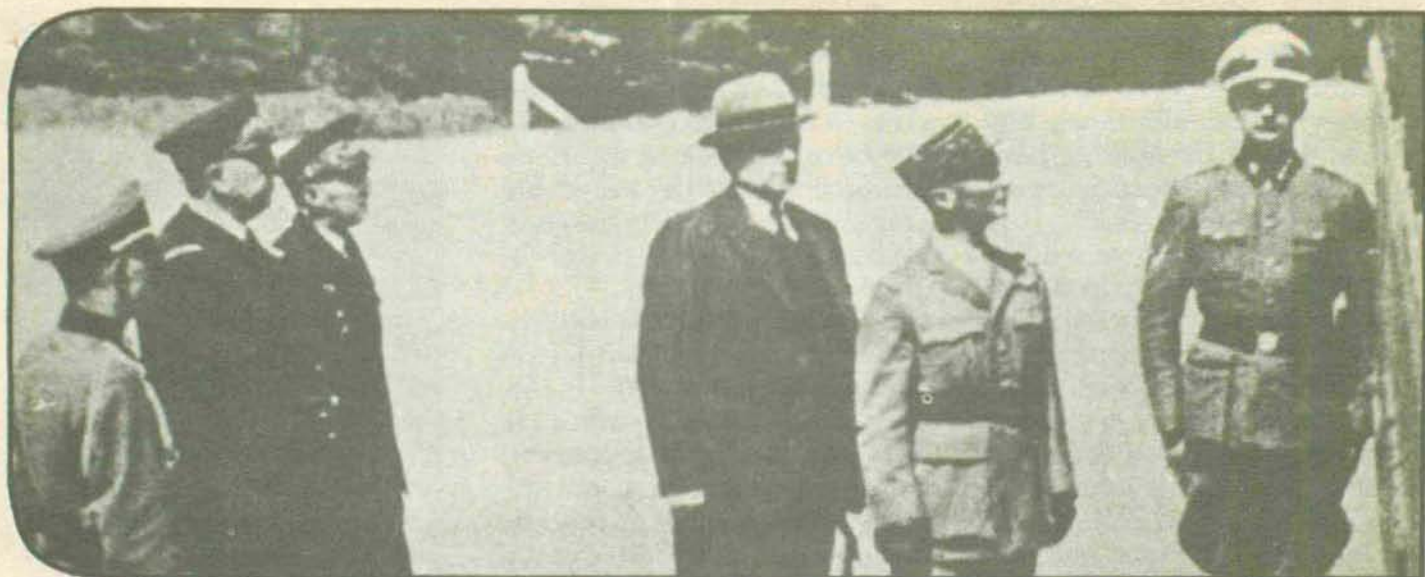
El 3 de julio, el Gobierno británico ordena la destrucción de la mayor parte de la Armada francesa, fondeada en la base norteafricana de Mers El Kebir, al mismo tiempo que los buques franceses fondeados en puertos del Caribe son inutilizados. Esta dramática decisión, que el propio Churchill señala como la más odiosa, ingrata y dolorosa en que había tenido que intervenir, venía justificada por la necesidad inglesa de asegurarse la inactividad de una potente flota que, aunque por el momento se mantenía bajo el



Burdeos, 17 de junio. El mariscal Petain, jefe del Gobierno, lee a los franceses el mensaje en que da a conocer la petición del armisticio: «Hago a Francia el don de mi persona para atenuar su desgracia...»



El Führer conoce en Alemania la petición del armisticio por el Gobierno francés. La imagen es prueba de la incontenible alegría que le invade tras el éxito de una operación que no dejaba de entrañar gravísimos riesgos para su régimen y para su país.



mando francés, no era muy difícil pensar que muy pronto sería utilizada por los alemanes en contra de los intereses británicos. El pueblo francés se sintió ultrajado ante esta acción, que, además, había costado la vida a mil quinientos marinos, pero el riesgo estaba calculado. En el interior de la Francia ocupada, la acción de Mers El Kebir reúne todavía más alrededor de Pétain a las opiniones todavía tibias. Pero de hecho, Inglaterra seguía conservando el primer puesto en los mares, lo que le serviría para enfrentarse sola al Tercer Reich

hasta que tres años más tarde, los Estados Unidos entrasen a su lado en la guerra. Aunque el aspecto militar sólo puede interesar tangencialmente en la visión sobre la desaparición de un sistema político, es interesante resaltar que los resultados del enfrentamiento se llegaron a definir como los producidos tras el encuentro de un ejército de 1919 —el francés— combatiendo a un ejército de 1939, como era el alemán. Al mal equipamiento y entrenamiento de las tropas francesas se unía aquí la deficiencia básica del material. La política

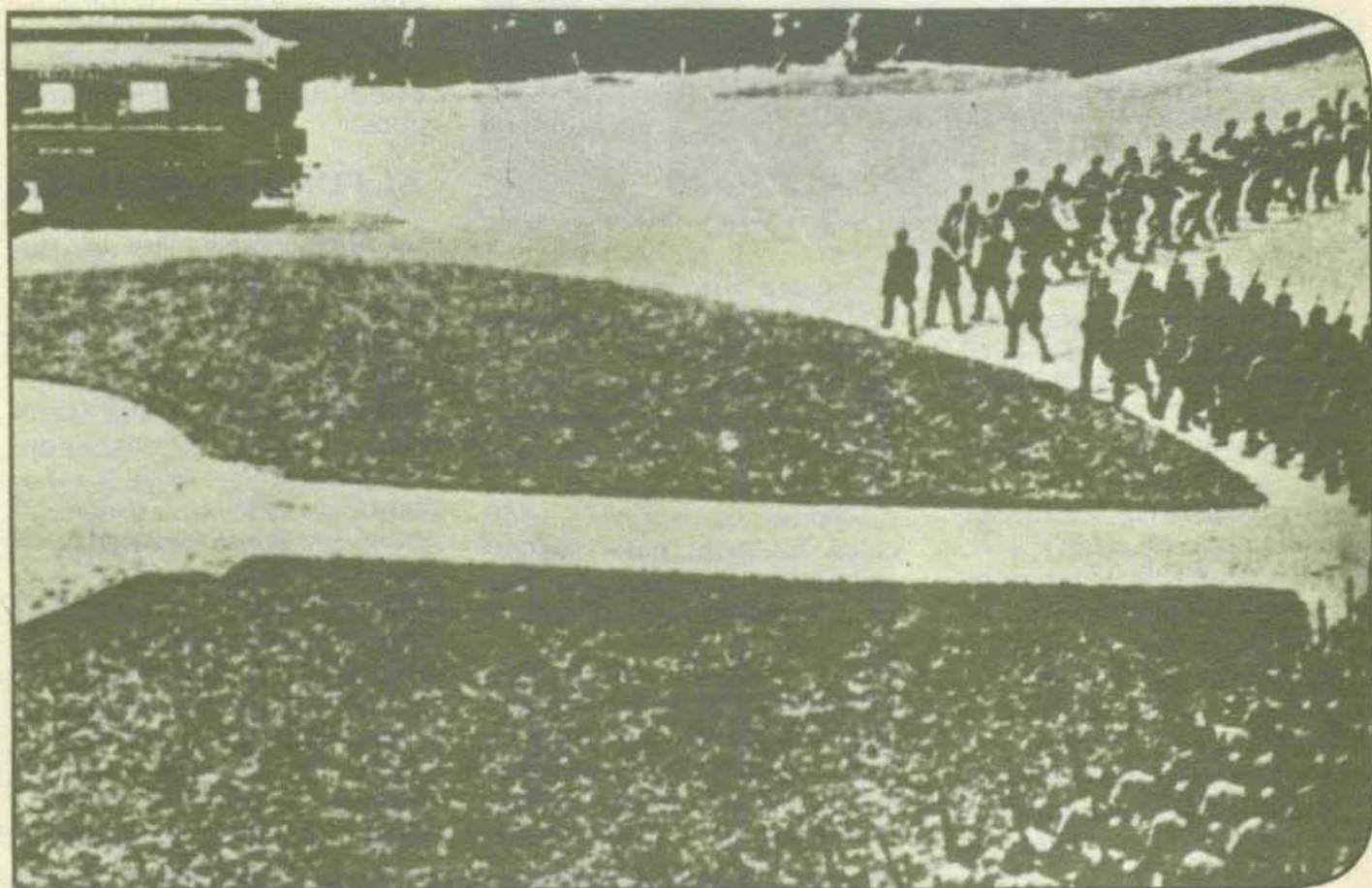
militar de Francia a partir de 1919 se había basado en la creencia de una debilidad permanente de Alemania, que mientras tanto había ido rearmándose sin cesar. A la infundada pretensión de constituir la primera potencia militar del continente, unida a la de la guerra defensiva que había sido la errónea base de su política militar, Francia adolecía además de la gran desventaja de un enorme déficit económico, resultado de la sangría de la guerra anterior, de la que nunca se había reemplazado. El Ejército francés, aun teniendo en cuenta todas



estas limitaciones, había luchado sorprendentemente bien en medio de una población enloquecida que llenaba las carreteras, y sobre todo en medio de un clima de derrotismo que alcanzaba los más altos niveles y que había ganado al país desde el primer momento.

lar, iba a dar a los partidarios de un régimen dictatorial las mejores bazas para deshacerse de una vez por todas del odiado sistema republicano. Ahora van a dar sus frutos las continuas crisis de gobierno y las luchas partidistas que a los ojos de la gran masa de la población venían a representar

de los parlamentarios que iban a decidir la muerte del régimen. Porque, en efecto, no sólo los hombres de la derecha antiparlamentaria, sino también radicales y socialistas se entregaron en los brazos de quienes manipulaban el fin del sistema. Laval, bajo el pretexto de un mejor entendi-



La firma del armisticio en Rethondes, el día 22 de junio de 1940. Por imposición de Hitler, los compromisarios de las dos partes se reúnen en el mismo vagón de ferrocarril, escenario de la rendición alemana de noviembre de 1918. Es el momento de la revancha.

ULTIMO ACTO: EL SUICIDIO DE LA REPUBLICA

El primer objetivo de las nuevas autoridades, la desaparición de la República, no era muy difícil de conseguir dadas las circunstancias. Una buena parte de los franceses aceptaban y aun apoyaban inequívocamente la presencia paternal y autoritaria de Petain al frente de la nación desgarrada. La profunda crisis moral y social que sufría Francia en los últimos años, encendida todavía más por la frustrada experiencia del Frente Popu-

la verdadera naturaleza de la democracia, acusada ahora de ser la causante de la derrota. La presencia de las personas y formaciones ultraderechistas se hace ahora bien patente, apoyadas como siempre por la gran industria y la alta burguesía, y amparadas ahora de forma efectiva por los nuevos gobernantes y por la presencia del ejército alemán.

León Blum, líder socialista francés, ha descrito mejor que nadie el ambiente de miedo, corrupción, oportunismo y debilidad moral que se había adueñado de Vichy, y con ello

miento con los ocupantes, convoca una reunión de las dos Cámaras, con el fin de votar la reforma de la Constitución, que venía a equivaler a su desaparición efectiva. La posición de los parlamentarios se debilita cada vez más. Pierre Laval, antiguo diputado él mismo, a pesar de su profunda oposición al parlamentarismo, prefiere que sea por medio del voto de los representantes elegidos por el pueblo como se dé paso al nuevo régimen. De este modo, nadie podrá discutir nunca en el futuro la legalidad de su



El Führer alemán y su Estado Mayor. De izquierda a derecha: Keitel, von Reichenau, Hitler y Halder.

existencia. Ante la opinión interior y exterior, no es aconsejable, si se puede evitar, el fácil recurso del golpe de Estado.

El 10 de julio de 1940 tiene lugar la reunión conjunta de las dos Cámaras, después de que cada una de ellas por separado hubieran mostrado una evidente inclinación hacia la reforma del régimen. Incluso políticos fervientes republicanos como Herriot y Jeanneney, presidentes respectivos de la Cámara de Diputados y del Senado, habían recomendado el voto favorable al mariscal Petain. Ese día 10, mientras en las inmediaciones del Gran Casino, donde tiene lugar la Asamblea, las bandas fascistas se manifiestan violentamente e insultan y boicotean a los parlamentarios que acuden a votar, Laval consigue que la mayoría se efectúe sobre los parlamentarios presentes y no sobre la totalidad teórica, lo que contribuirá más fácilmente a darle el mínimo exigido, que hubiera logrado de todas formas, dada la situación. Los enfrentamientos que se suceden entre los diputados, las presiones ejercidas sobre ellos en la sombra, los alborotos organizados, todo esto acaba favoreciendo la aprobación de la

propuesta autoritaria. De un total de 649 parlamentarios presentes, votan afirmativamente 569. Se niegan a la propuesta 80—entre ellos Blum y Auriol—; y se abstienen una ínfima minoría, como Herriot y Monnet. Socialistas y radicales, los principales sustentadores de la República, han votado por su destrucción.

En ese momento, nadie duda de la legalidad de la votación, que dará paso a un régimen que será reconocido inmediatamente por todos los países, exceptuando a Inglaterra,

desde donde el general De Gaulle aduce en su contra unos principios legales que nadie tiene en cuenta. Por el momento, los partidarios del autoritarismo han ganado la batalla. Parece el final de la democracia. Los grandes intereses de Francia apoyan de forma decidida al nuevo régimen, siguiendo su tradicional política de buen trato con el poder de turno, y más aún si éste es afín ideológicamente a ellos.

EL FIN DE UN REGIMEN

La última escena tendría lugar al día siguiente, cuando el mariscal Petain consiga personalmente la dimisión del débil Lebrun como Presidente de la República en una entrevista privada. Ese mismo día—11 de julio—se da a conocer la nueva ley constitucional provisional a la espera de una reforma del texto de 1875, que nunca se llevará a efecto. Las primeras palabras son ya un indicador de las tendencias generales que marcarían al régimen de Vichy: «Nos, Philippe Petain, mariscal de Francia, asumimos las funciones de Jefe del Estado fran-



Conferencia de Montoire, octubre de 1940. El anciano mariscal Petain, el héroe de Verdún, se va a convertir en el fiel intérprete de los deseos que el Führer alemán, dictador del país vencido en 1918, tenga a bien imponer sobre Francia y los franceses.

cés...». Al mismo tiempo, es abolida formalmente la Constitución republicana, se decide la suspensión de las dos Cámaras legislativas, y se lleva a efecto la toma por el mariscal Petain de todos los poderes legislativos y ejecutivos. Un nuevo régimen ha nacido a imitación de los grandes totalitarismos, pero con muchos rasgos específicamente franceses que con el tiempo se irán observando. La democracia había muerto en el país que había sido el primero en ponerla en práctica. En esos momentos, muy pocos demostraron sentirlo.

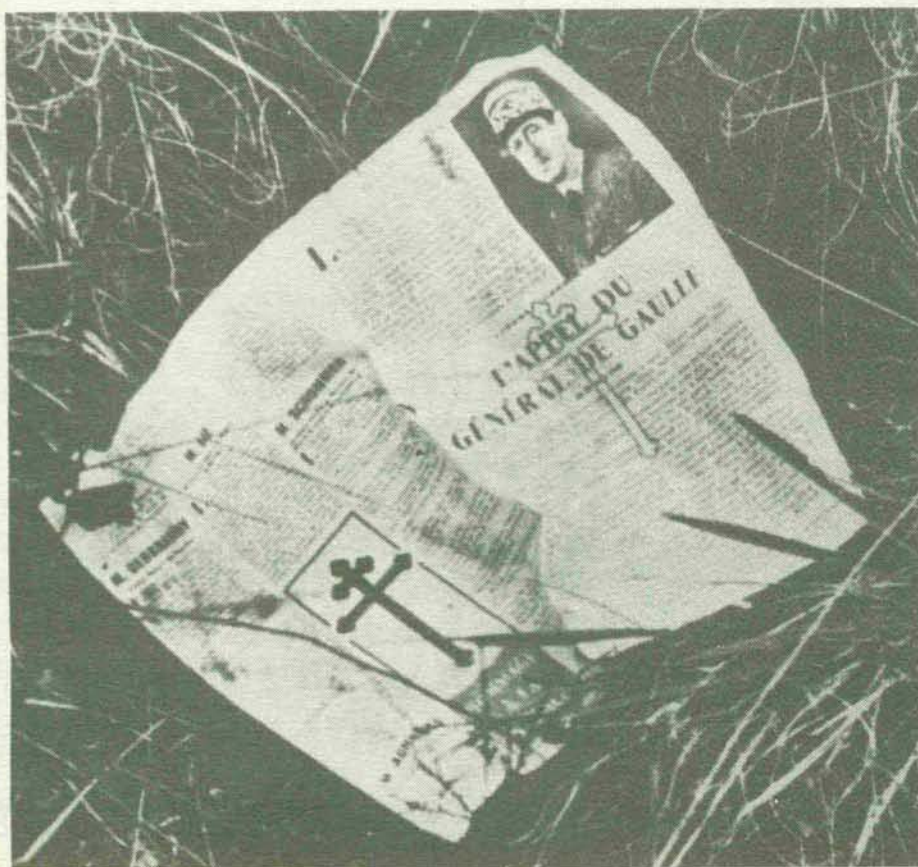
Una prueba del clima que Francia respiraba aquel verano —hace ahora cuarenta años— en que una especie de distensión temerosa sucede al terror y produce efectos contradictorios en las líneas normales de pensamiento de las personas, lo ofrecen las líneas que François Mauriac publica en el número del 3 de julio del

diario **Le Figaro**: «Las palabras del mariscal —escribe refiriéndose a un discurso pronunciado la víspera por Petain— ofrecían un sonido casi intemporal; no era un hombre quien nos hablaba, sino que desde lo más profundo de nuestra historia, oíamos ascender la llamada de la Gran Nación humillada».

No pasarían muchas semanas antes de que el mismo Mauriac, junto con Aragón, Benda, Cassou, Sartre, Triolet, Eluard y otros muchos valores de las letras francesas, comenzaran a publicar sus obras en las hojas clandestinas, prohibidas por las nuevas autoridades de ambas zonas. Frente a la actitud entreguista de algunos franceses, pequeños núcleos guardarán la idea de la libertad entre la ingente masa de indiferentes preocupados solamente por la difícil supervivencia durante los cuatro años de guerra y ocupación. ■ J. M. S. M.

BIBLIOGRAFIA

- Anders on Malcolm: POLITICA CONSERVADORA EN FRANCIA.** Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1979.
- P. Bouju y H. Dubois: LA TROISIEME RÉPUBLIQUE.** Presses Universitaires de France. París, 1975.
- Pierre Bourget: PETAIN, DE VERDÚN A MONTOIRE.** Bruguera. Barcelona, 1967.
- Charles de Gaulle: MEMOIRES DE GUERRE.** Plon. París, 1954-56. (Existe traducción castellana en Plaza y Janés. Barcelona, 1970).
- Blake Erlich: RESISTENCIA EN FRANCIA, 1940-1944.** Taber. Barcelona, 1968.
- Alistair Horne: LA BATALLA DE FRANCIA.** Bruguera. Barcelona, 1974.
- Jean Lacouture: DE GAULLE.** Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1969.
- Henri Michel: LA II GUERRE MONDIALE.** Presses Universitaires de France. París, 1975.
- J. C. Petitfils: LA DROITE EN FRANCE DE 1789 A NOS JOURS.** Presses Universitaires de France. París, 1974.
- Pierre Renouvin: HISTOIRE DES RELATIONS INTERNATIONALES. LES CRISES DU XX SIECLE.** Hachette. París, 1967. (Existe traducción castellana en Aguilar. Madrid, 1969).
- William Shirer: EL COLAPSO DE LA TERCERA REPUBLICA.** Luis de Caralt. Barcelona, 1973. **LE TROISIEME REICH, DES ORIGINES A LA CHUTE. VICTOIRE A L'OUEST.** Stock. París, 1960. (Existe traducción castellana en Luis de Caralt. Barcelona, 1967).
- Jean Touchard: LA GAUCHE EN FRANCE DEPUIS 1900.** Seuil. París, 1977.
- J. R. Tournoux: PETAIN Y DE GAULLE.** Plaza y Janés. Barcelona, 1966.



El llamamiento del general De Gaulle, emitido desde Londres el 18 de junio, en el que llama a la unidad a los franceses en la lucha contra el invasor, será la única esperanza que le queda al país humillado. De Gaulle es el futuro...